

En Gasic,Ivo, Narvález , Ángelo y Quiroz, Rodolfo, *Reapropiaciones de Henri Lefebvre. Crítica, Espacio y Sociedad Urbana*. Santiago de Chile (Chile): El Triángulo.

"La Dinámica espacio / territorial en el estudio de las clases sociales".

Blanco, Osvaldo.

Cita:

Blanco, Osvaldo (2015). *"La Dinámica espacio / territorial en el estudio de las clases sociales"*. En Gasic,Ivo, Narvález , Ángelo y Quiroz, Rodolfo *Reapropiaciones de Henri Lefebvre. Crítica, Espacio y Sociedad Urbana*. Santiago de Chile (Chile): El Triángulo.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/osvaldo.blanco/4>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pzP8/vCn>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



REAPROPIACIONES DE HENRI LEFEBVRE: *CRÍTICA, ESPACIO Y SOCIEDAD URBANA*

GASIC, I.; NARVÁEZ, A.; QUIROZ, R. (COMPS.)



REAPROPIACIONES DE HENRI LEFEBVRE:
CRÍTICA, ESPACIO Y SOCIEDAD URBANA
Gasic, I; Narváez, A.; Quiroz, R. (comps.)

Primera edición, marzo de 2015
ISBN: 978-956-358-654-1

GÁSIC,I.; NARVÁEZ, A.; QUIROZ, R. (comps.) (2015) “Reapropiaciones de Henri Lefebvre: Crítica, Espacio y Sociedad Urbana”. 1ra ed., Santiago de Chile: Editorial Triángulo. Colección Falansterio.

EDITORIAL TRIÁNGULO, 2015
Argomedo 190, Depto. 609
Santiago – Chile
<http://editorialtriangulo.org>
trianguloeditorial@gmail.com

NÚCLEO DE INVESTIGACIÓN ESPACIO Y CAPITAL, 2015
Cienfuegos 41, Departamento de Geografía
Santiago – Chile
<http://geografia.uahurtado.cl>
espacioycapital@gmail.com



Publicado bajo la licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial
CompartirIgual 4.0
Internacional

Se permite compartir, copiar y redistribuir este libro en cualquier medio o formato, mientras se reconozca la fuente, no sea usado con fines comerciales, y no sea alterado.

**REAPROPIACIONES DE
HENRI LEFEBVRE:
CRÍTICA, ESPACIO
Y
SOCIEDAD URBANA**

Ivo Gasic Klett
Angelo Narvárez León
Rodolfo Quiroz Rojas
(Compiladores)



**NÚCLEO DE
INVESTIGACIÓN
ESPACIO Y CAPITAL**

El espacio no tiene por sí ninguna capacidad y las contradicciones del espacio no vienen determinadas por él como tal. Son las contradicciones de la sociedad [...] las que vienen a irrumpir en el espacio, a nivel del espacio, dando lugar a contradicciones espaciales.

Henri Lefebvre, *La producción del espacio*, 1974

Índice

NOTA EDITORIAL	p. 6
CIUDADANÍA URBANA Y DERECHO A LA CIUDAD: HACIA UNA POLÍTICA DEL HABITAR. Miguel Pérez Ahumada	p. 10
HENRI LEFEBVRE Y EL MOVIMIENTO DE POBLADORES EN CHILE: ANÁLISIS DE UN DESENCUENTRO Alexis Cortés	p. 40
DE LA TEORÍA URBANA A LA CRÍTICA DEL CAPITALISMO. Rodrigo Barros	p. 56
LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LA ARQUITECTURA EN LEFEBVRE. Patricio de Stefani	p. 72
LA DINÁMICA ESPACIO/TERRITORIAL EN EL ESTUDIO DE LAS CLASES SOCIALES. Osvaldo Blanco	p. 96
LA MONUMENTALIDAD DE LO URBANO EN LA CIUDAD DEL SIGLO XXI. Laura Elena Zuluaga Fernández	p. 120
IMPRESIONES DE LO COTIDIANO EN EL DISCURSO DE LOS HABITANTES DE FLORIANÓPOLIS, BRASIL. Aline Bogoni Costa & Dulce Helena Penna Soares	p. 136
SUBVIRTIENDO EL ORDEN EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO: LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LAS CONTRACULTURAS ESPACIALES. Luis Fernando De Matheus E Silva	p. 160

LA DINÁMICA ESPACIO/TERRITORIAL EN EL ESTUDIO DE LAS CLASES SOCIALES

Oswaldo Blanco³⁰

A. ESTRUCTURAS DE CLASES SOCIALES DESDE UNA PERSPECTIVA TERRITORIAL

El espacio geográfico es tanto el lugar donde se obtienen los recursos, como el lugar de producción, distribución, intercambio y consumo de los productos del trabajo humano (Sánchez, 1991). La satisfacción de las necesidades vitales más básicas (alimentación, abrigo y protección del entorno) llevó a la humanidad –tanto en sus ejemplares individuales como en sus agentes colectivos– a una lucha por la supervivencia expresada básicamente en la lucha y composición constante del, por y en el espacio. Se lucha tanto con el espacio (para obtener de él recursos y productos del trabajo humano), así como también por y a través de él. La humanidad fue disponiendo de una práctica ligada, por una parte, a la disposición de un espacio geográfico del cual obtener los recursos físicos (espacio de recursos), así como también de un espacio geográfico que terminó siendo soporte, medio y factor de su vida y de sus relaciones sociales (ibíd.).

En este proceso, la humanidad no sólo fue ampliando su conocimiento y dominio sobre el medio geográfico, sino que con ello también fue conformando las estructuras sociales mismas. La especificidad del sistema global capitalista implica tanto una manipulación del territorio con el objeto de la creación y acumulación de valor, así como también la conformación de una formación social histórica y geográfica con características particulares. De esta forma, el paso de la reproducción simple a la reproducción ampliada –el proceso de renovación constante de toda la producción social capitalista en volumen creciente (Marx, 2010)– no puede lograrse sin un soporte social que tiene al espacio como factor esencial.

El trabajo humano abstracto –lo que Marx definía como relación entre humanidad y naturaleza³¹– genera valor y con ello la posibilidad de satisfacción de

³⁰ Dr. © en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado. Becario Conicyt 2012-2015. Magíster en Ciencias Sociales por la U. de Chile y Sociólogo por la U. Arcis. Contacto: oblanco4@gmail.com.

necesidades, pero también genera excedente e instituciones que regulan su apropiación. El espacio físico y natural se transformó en espacio social. A esta altura aparece un punto importante de nuestro argumento: *lo que se acumula es el valor que resulta excedente. A su vez, éste siempre querrá ser apropiado por alguien (individuos, grupos), apareciendo relaciones de poder y dominación –estructuras sociales– que regulan su acumulación en manos de unos pocos individuos.* La aparición de la reproducción ampliada y la acumulación capitalista implica la aparición de un grupo social (una clase social) que pretende apropiarse el excedente y legitimar dicha apropiación. Los mecanismos de apropiación sobre el excedente que la humanidad ha creado a partir de valorizar por medio del trabajo los elementos sacados de la tierra han generado mecanismos sociales de apropiación, mecanismos sociales de dominio de un grupo de personas sobre otras. Todo este argumento nos permite señalar la *íntima conexión entre la dimensión territorial y la estructura social*: la estructura social es el conjunto de mecanismos de trabajo (creación de valor), acumulación, apropiación y regulación de la apropiación del excedente. La estructura social se articula a través de una forma de división social del trabajo basada en una división jerárquica de poder y dominación que produce y reproduce estas dinámicas a lo largo del tiempo y del espacio.

A partir de ello, podemos señalar la hipótesis de que *la producción social del espacio es una clave fundamental para entender la conformación de las estructuras de clases sociales.* Visto desde una perspectiva de largo aliento, la proletarianización de gran parte de la población humana ha sido producto de un extenso proceso de construcción y articulación de mercados a nivel local, regional y global que permitieron la acumulación social ampliada, proceso que ha durado siglos. Tal y como nos recuerda Wallerstein, el mercado no es simplemente el lugar donde se encuentra el productor inicial y el consumidor final, sino que es una red dispersa en el espacio que se ha ido articulando a lo largo del tiempo. Esto es particularmente cierto en la actual economía capitalista de alcance global. Para que ello se lograra debió ocurrir una serie de acoplamientos sociales y políticos a escala geográfica global, estableciendo una sucesión de cadenas de mercancías que fueron dibujando una trayectoria geográfica que hoy se nos muestra con una lógica de centro-periferia (Wallerstein, 2012). Estas cadenas de circulación y órbitas de mercancías físicas, inmateriales, así como de

³¹ Citamos esto con el objeto de hacer notar la profunda dimensión territorial del trabajo humano abstracto presente a lo largo de la historia: “El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza” (Marx, 2001: 130).

fuerza de trabajo, han significado una división global del trabajo geográficamente funcional y jerárquica, generando una polarización entre el centro y las zonas periféricas de la economía mundial, tanto a niveles distributivos (niveles reales de ingresos y calidad de vida) como en los escenarios de acumulación de capital (ibíd.). Las diferencias entre regiones existentes previamente por razones ecológicas o históricas fueron reforzadas, exageradas y consolidadas institucionalmente. Para Wallerstein, esta creación del mercado mundial implicó un conjunto de reglas o restricciones resultantes de la compleja interacción de cuatro importantes conjuntos de instituciones³²: 1) Estados vinculados entre sí por un sistema interestatal que determina una soberanía sobre su territorio, pero que, a su vez, establece una red de dependencia y jerarquización entre estados fuertes y débiles; 2) Naciones o componentes étnico-culturales en difícil e incierta relación con los primeros; 3) clases sociales en tanto perfiles ocupacionales y posibilidades de oportunidades de obtención de recursos; 4) unidades domésticas ligadas a la reproducción de la especie en tanto participación de múltiples formas de trabajos y obtención de ingresos para la subsistencia y el cuidado (ibíd.).

La producción del espacio está íntimamente ligada a la estructuración de la división global de la acumulación y del trabajo, incorporando las cuatro instituciones recién mencionadas en un proceso que es, al mismo tiempo, productivo y reproductivo. Esta producción social del espacio equivale a sostener la tesis de que *la especie humana convirtió al espacio en un factor productivo al servicio de su propia reproducción*. No obstante, hay que agregar el hecho de que el proceso no representa las mismas dinámicas para toda la población humana, por tanto, hay una dinámica desigual que tiene que ver con que la producción y reproducción del sistema social y de la especie humana están atravesadas por la desigualdad geográfica.

Vale decir, la producción y reproducción no es geográficamente homogénea: surge entonces la pregunta respecto de cuáles son las características específicas de la creación productiva del espacio en el modo de producción capitalista y cuáles son los agentes y procesos que entran en escena y se disputan los excedentes y beneficios. Una teorización interesante al respecto, a mi juicio, la podemos encontrar en la obra de Henri Lefebvre, cuestión que procederemos a profundizar.

³² Veremos a continuación que Lefebvre también incorpora estos elementos en su propia conceptualización.

B. LA TEORÍA DE LA SOCIEDAD URBANA DE H. LEFEBVRE Y LOS NIVELES G-M-P: PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN SOCIAL

Abordaremos aquí lo desarrollado por Lefebvre en el capítulo 4 de su obra *“La revolución urbana”*, donde expone tres niveles generales que se yuxtaponen en el análisis del espacio. Se trata de una clasificación de 3 elementos “sincrónicos” que permiten a Lefebvre descomponer diferentes capas sociales: un nivel *global* (G), un nivel *mixto* (M) y un nivel *privado* (P).

El *primer nivel* G guarda relación con el ámbito de ejercicio del poder: “el Estado como voluntad y representación” (Lefebvre, 1972: 85). El principio de voluntad del poder de Estado implica el conjunto de estrategias políticas que posee el Estado y los hombres que detentan dicho poder. A su vez, en este nivel G hay un principio de representación, en el cual los hombres de Estado poseen consciente o inconscientemente una concepción determinada del espacio que opera como límites dentro del cual se desarrollan las estrategias y sus lógicas de acción. Estas lógicas de acción de las estrategias políticas son descritas por Lefebvre como “lógicas de clase”, “ya que generalmente consisten en una estrategia llevada a sus últimas consecuencias”, donde los instrumentos ideológicos y científicos muestran patrones mediante los cuales se toman decisiones respecto de “la distribución de los recursos, de los ingresos, del ‘valor’ creado por el trabajo productivo (es decir, por la plusvalía)” (ibíd.).

Este nivel G es el más abstracto, involucrando al mercado de capital y la política del espacio (ibíd.: 86). Este nivel social e ideológico se proyecta en el territorio, construyendo edificios, monumentos, proyectos urbanos de gran envergadura. En suma, construyendo ciudades. A su vez, se proyecta también en el territorio no construido erigiendo carreteras, autopistas, organizando el tráfico y el sistema de transportes, estableciendo el tejido urbano y los espacios neutros, estableciendo políticas sobre la naturaleza, etc. (ibíd.). Por todo ello, este nivel implica unas “lógicas” que no necesariamente involucran acciones explícitamente claras, pero sí se trata de acciones sistematizadas desplegadas en el espacio/territorio. Entre otras cosas, *estas lógicas de las estrategias políticas implican una organización del mercado y, por tanto, de la división social del trabajo*. El telón de fondo de esta lógica del nivel G implica una labor del Estado como agente organizador del desarrollo desigual de regiones y/o ciudades hacia el equilibrio y homogeneidad global de su territorio.

El *segundo nivel* es el mixto (M), mediador o intermediario, dimensión de la “ciudad” en el sentido corriente del término (Lefebvre, op.cit: 87). Este nivel es el escenario de lucha, la ciudad misma, donde se despliega “la unidad característica de la realidad social, la agrupación: formas-funciones-estructuras” (ibíd.). Es el nivel de la ciudad como resto y en cuanto tal, lugar que da cuenta de dobles funciones “en” la ciudad y “de” la ciudad (ibíd.: 87). Podemos decir que el nivel de las estructuras de clases se asienta “en” la ciudad, siendo a su vez una manera de comprensión “de” la ciudad urbana propiamente tal. En este nivel, el espacio se muestra en una doble constitución: es producto social, pero también determina a lo social mismo.

Por su parte, el *tercer nivel* es el privado (P), el de la cotidianidad del *habitar* humano. Según Lefebvre, el nivel P continuamente está siendo asechado por el nivel G en el escenario de la ciudad misma (M). El más claro ejemplo de ello es la interpelación del “habitar” a convertirse en un “hábitat”, momento en que el poder lo domestica: “el lugar de habitación se ha erigido desde arriba; aplicación de un espacio global homogéneo y cuantitativo, obligación de lo “vivido” a dejarse encerrar en cajas, celdas o ‘máquinas de habitar’” (ibíd.: 88).

Una vez presentado los tres niveles, podemos comenzar a desarrollar algunas ideas fundamentales. Comienzo un primer argumento señalando que un *enfoque de estructuras de clases en sociedades urbanas* no debe centrarse sólo en la forma en que la economía política regula la acumulación y distribución de recursos (nivel G), así como tampoco una simple clasificación del mercado laboral de las ciudades empíricamente existentes (nivel M). Más bien, *un enfoque de las estructuras urbanas de clases sociales deben pensarse a partir de la forma en que se entrecruzan los niveles G–M–P*. Por una parte, se trata de establecer cómo la lógica estatal capitalista de la producción del espacio y la planificación es un proceso instrumental que va desde lo global a lo privado, desde G hasta P, para fundar una “*estructura de oportunidades*” para el despliegue concebido, disciplinado y producido del habitar³³. Por otra parte, se trata también de entender cómo el habitar mismo está sujeto a las oportunidades de

³³ La estructura de clases es una trama de relaciones de poder, explotación y dominación. Las estructuras de clases, al remitir a fenómenos de coherencia estructural dadas por relaciones de poder, representan formas desigualmente distribuidas para el acceso a “oportunidades”. A propósito de esto último (las oportunidades), hago extensible lo señalado por Filgueira a propósito de la estratificación: “Todo sistema de estratificación social puede ser visto como una ‘estructura de oportunidades’ o, lo que es lo mismo, como una distribución de oportunidades para el acceso a posiciones sociales diferencialmente evaluadas. Naturalmente, la estructura de oportunidades no es estática. Cambia con el tiempo y varía en un mismo tiempo entre diferentes países o sociedades. Tales cambios tienen importantes efectos sobre las chances diferenciales de movilidad social de los miembros de la sociedad y sobre las divisiones de clase, así como sobre el ámbito de las relaciones interpersonales, institucionales y políticas” (Filgueira, 2001: 19).

las estructuras de clases, pero sólo como “condiciones de partida” que no determinan en lo absoluto los procesos de apropiación subjetiva y política propios de este nivel P. Así, una política del habitar posee un sustento relacionado con el antagonismo clasista.

En segundo lugar, la exposición de Lefebvre en torno a los niveles G, M y P nos da a entender que, de alguna forma, el nivel G siempre intenta influenciar en el nivel P. En lo que es quizás una de sus enseñanzas más conocidas (el poder intenta reducir al *hábitat* el *habitar* mismo), para Lefebvre el *discurso urbanista* es la versión ideológica del nivel G, cuya crítica “deberá tener un doble aspecto: crítica de las ideología urbanísticas y crítica de las prácticas urbanísticas (como prácticas principales reductoras y estrategias de clase)”. La burocratización urbana funcionalista es señalada por Lefebvre como “segregación generalizada” de la cotidianidad, “la de los momentos de la vida y la de las actividades. La orientación crítica se compone de la crítica de los objetos y sujetos y de la crítica de los sectores y ámbitos. Al mostrar cómo vive la gente, la crítica de la vida cotidiana levanta acta de acusación contra las estrategias que conducen a este resultado” (Lefebvre, 1972: 145). Por tanto, la crítica a las operaciones del nivel G sobre el espacio en su nivel M y sobre la subjetividad en el nivel P son fundamentales para toda propuesta política y académica. Esto en especial porque la lógica de invasión de G sobre P se da en el nivel M bajo las formas de constricciones estructurales y sistémicas del orden social sobre la vida y el habitar agencial. El nivel G no sólo pretende producir el espacio y distribuir los movimientos de las unidades, sino que quiere también forzar un disciplinamiento tal que permita reducir y articular la lógica del habitar (P) a las necesidades y requerimientos productivos impuestos y planificados desde dicho nivel G. Al someter al espacio mismo, los poderes políticos y económicos –vale decir, burocracia y burguesía dominante– buscan disciplinar el habitar, sometiendo las lógicas afectivas y reproductivas de la especie humana a las necesidades de reproducción en el tiempo del sistema capitalista.

Por ello, *los análisis de las estructuras urbanas de clases son relevantes, pues permiten, por una parte, dar cuenta del ejercicio de disciplinamiento y configuración proyectada por el poder económico y político (nivel G) sobre determinado territorio (M) y las modalidades particulares de existencia (P)*. Por otro lado, los análisis de las estructuras urbanas de clases sociales permiten entender las *condiciones objetivas que se dan en y llegan a ser característicos de M*. Si la ciudad no es otra cosa que el emplazamiento territorial del mercado (como en Weber), entonces *podemos*

identificar a las estructuras de clases sociales como configuraciones geográficas objetivas de acceso a bienes, recursos y riqueza para el despliegue de los procesos subjetivos propios del habitar (P).

Para demostrar esto volvamos a la tesis principal que nos preocupa por ahora: la forma en que Lefebvre visualiza el espacio urbano como aquello atravesado por los niveles G-M-P. El entrecruzamiento de los niveles permite plantear a las estructuras urbanas de clases sociales como aquellos fenómenos relacionados a elementos abstracto-globales, intermedios y privados (G-M-P). En otras palabras, la estructura de clases no es una simple clasificación de ocupaciones del mercado laboral –es decir, no se reduce a un análisis estático del mercado laboral situado en M–, sino que se trata de una doble construcción. Por una parte, implica la forma en que se dividen y distribuyen (desde G hacia M) los grupos, funciones y tipos de capital alrededor del espacio social. Pero, por otro lado, dichas lógicas distributivas de bienes, servicios y oportunidades afectan la vida misma, condicionando las estrategias de reproducción y existencia que se despliegan en el nivel P. En suma, *la condición de interpenetración de G-M-P obliga a una teoría de estructura de clases a atravesar los distintos niveles de análisis que van desde lo productivo (económico-político) hasta lo reproductivo (socio-cultural).*

Avancemos un poco más y señalemos que esta interseccionalidad de los ámbitos productivos y reproductivos que está detrás de la interrelación de los niveles G-M-P no se da en abstracto ni de forma alejada de espacio alguno. Por el contrario, la profunda relación entre lo productivo y lo reproductivo, se expresa materialmente en el espacio. Esto es expresamente señalado por Henri Lefebvre en *“La producción del espacio”*, donde la interpenetración entre los ámbitos productivo y reproductivo va estructurando en el espacio tres niveles fuertemente entrelazados: “(1) el de la reproducción biológica (la familia); (2) el de la reproducción de la fuerza de trabajo (la clase obrera como tal); y (3) el de la reproducción de las relaciones sociales de producción, es decir, las relaciones constitutivas de la sociedad capitalista” (Lefebvre, 2013: 91). Si nos fijamos bien, Lefebvre está reproduciendo aquí la lógica de los niveles G-M-P que había desarrollado en *“La revolución urbana”*: la reproducción biológica o familiar es una dimensión muy ligada al plano privado (P), la reproducción de la fuerza de trabajo la podemos ubicar en el plano M, mientras que la reproducción de las relaciones sociales de producción constitutivas de la sociedad capitalista está obviamente en el nivel global (G). Para Lefebvre, un espacio social producido y disciplinado entrelaza los niveles G-M-P. Tal y como ya lo he señalado, las lógicas

inseparables de la producción y reproducción se remiten y refuerzan mutuamente en el espacio: “la división del trabajo repercute en la familia y la sostiene; inversamente, la organización familiar interfiere en la división del trabajo” (ibíd.: 91).

Lo anterior nos lleva a pensar no sólo en que estos niveles se encuentran completamente entrelazados. Para Lefebvre, el espacio físico es el lugar del entrecruzamiento de dimensiones productivas y reproductivas, con sus consiguientes representaciones a niveles simbólicos abstractos. Allí se distribuirían y asignarían los lugares apropiados a las relaciones sociales de tipo biofisiológico entre los sexos, las edades y la específica organización familiar, así como las relaciones de producción dadas por la división del trabajo y su organización y, por tanto, a las funciones sociales jerarquizadas (ibíd.). Por ello, el espacio de la ciudad (M) es la llave que nos permite entrar a los niveles G y P. Dicho de otra forma, *la estructura de clases urbana se dibuja en el nivel M, pero nos permite entrar de lleno a las profundas dimensiones del nivel global y privado.*

C. LO URBANO COMO ESPACIO DIFERENCIAL: ESTRUCTURAS CENTRADAS Y DESCENTRADAS.

De lo dicho hasta aquí tenemos que el espacio geográfico mixto (M) se constituye como condición, medio y producto de la reproducción de la sociedad en su totalidad, englobando varias escalas espacio-temporales y diferentes niveles de realidad. El nivel M de la ciudad en sí misma es el escenario donde convergen las dos fuerzas antagónicas que expresan la lucha de clases mismas: el nivel del aparato y del poder (G) y el nivel de los cuerpos y la reproducción de la especie (P). De esta forma, una teoría de estructura de clases en la sociedad urbana desborda la mera clasificación del mercado de trabajo, alcanzando niveles de la producción y reproducción humana. Además, la configuración de estas mutuas determinaciones de los niveles G-M-P cambia según las condiciones concretas de cómo la realidad social se va estructurando a partir de la variabilidad geográfica e histórica.

El trabajo de Lefebvre sobre la sociedad urbana contribuye a esbozar una teoría del encadenamiento espacial de los procesos de división del trabajo, acumulación, apropiación y dominación social distribuidos sobre la faz de la economía-mundo y la división global del trabajo en términos de centro-periferia. En términos más precisos, *una estructura de clases no puede pensarse como una forma estática en el suelo geográfico e histórico, sino que cuenta con lógicas de dislocación de cada elemento en sí*

mismo. Esto permite pensar la estructuración global del capitalismo como un proceso donde se pueden distribuir y movilizar –según necesidades funcionales propias del sistema– la provisión de mercancías y de fuerza de trabajo desde y hacia distintos puntos geográficos. En los términos de Lefebvre, ello implica que el carácter de la sociedad urbana es la de un “espacio diferencial”, a la vez *isotópico*, *heterotópico* y *utópico*, un espacio que está y estará siempre al mismo tiempo *centrado* y *poli-centrado* (Lefebvre, 1972; 2013). El espacio capitalista produce y reproduce lo que Harvey bautizará como “desarrollo geográficamente desigual”, el cual posee tendencias simultáneas hacia la homogeneización, la fragmentación y la jerarquización. Tal y como el propio Lefebvre señala, el *topos* de la sociedad urbana es diferencial y permite “la superación de [la oposición entre] lo cerrado y lo abierto, de lo inmediato y lo mediato, del orden cercano y del orden lejano, para lograr una *realidad diferencial* en la que los términos ya no se separan, sino que se convierten en diferencias inmanentes (...) Ningún lugar urbano, a pesar de los esfuerzos de homogeneización realizados con la ayuda de la técnica, a pesar de la configuración de arbitrarias isotopías (es decir, de separaciones y segregaciones), es idéntico a otro” (Lefebvre, 1972: 47).

Las estructuras de clases sociales urbanas serían entonces una red de órbitas (des)centradas, pero que lejos de percibir sólo las fugas y desestructuraciones, se pueden estudiar también a partir de advertir cierta tendencia a la coherencia estructural geográficamente situada. Es decir, la forma de lo “urbano” abarca, reuniéndolas, las múltiples diferencias: en tanto espacio diferencial, lo urbano es el punto de reunión de las diferencias. Tal y como señala Lefebvre: “quien dice ‘diferencia’ dice relaciones y, por tanto, proximidad-relaciones percibidas y concebidas, y, también, inserción en un orden espacio-temporal doble: cercano y lejano” (Lefebvre, 1972: 139). Lo urbano no sólo es el lugar de la heteropía, del lugar-otro, de lo lejano, sino también de la isotopía. Por tanto, lo urbano es una forma pura: el punto de encuentro, el lugar de una congregación, la simultaneidad (ibíd.: 125). Dicho en otros términos, en un primer momento Lefebvre señala que *lo urbano tiene una tendencia a la “centralidad” llevada a cabo desde el poder del Estado* (ibíd.). Esto está completamente relacionado con la idea que Lefebvre tiene del habitar (nivel P), el cual remite a una fijación en el momento es que es hegemonizada y disciplinada por el poder (nivel G), transformándolo en “hábitat”. Lefebvre no sólo reivindica el habitar como aspiración humana fundamental, sino también como un proyecto político tendiente a un espacio no proyectable ni disciplinado por la urbanización tecnocrática,

esto es, un espacio flexible, apropiable, tanto a escala de la vida privada como a escala de la vida pública, de la aglomeración y del paisaje.

Esto nos permite sostener dos conceptos esenciales para nuestra empresa teórica relativa a las estructuras urbanas/geográficas de clases sociales. Primero, la articulación de una teoría de estructura de clases sociales con un enfoque espacial nos remite a una lógica de poder global –nivel G– como operación que busca hegemonizar la vida humana misma, es decir, al habitar (P). Tal y como ya se ha señalado, el nivel privado P queda sujeto al poder global G, por tanto, es disciplinado y manipulado a partir de sus propios intereses. Eso implica que el nivel del habitar, al ser reducido a un mero construir (el hábitat), fija la vida de personas y grupos a un lugar geográfico determinado. En los términos de lo urbano, esto tiene su correlato en la tendencia a la *centralidad* de la sociedad urbana de congregar en un mismo lugar las tendencias dispersas, siendo el poder del Estado (G) el encargado de llevar a cabo esta lógica. En otras palabras –y aquí viene nuestra tesis relativa a la estructura de clases–, existen significativos grupos humanos que viven, nacen y mueren en un mismo suelo territorial, así como también acceden a niveles de inclusión/exclusión en el acceso a bienes, servicios y activos sociales fijos y determinados. De este modo, el poder G obliga a muchas personas –analizables en sus tendencias y características clasistas– a permanecer sujetas a un mismo suelo durante una significativa parte de su vida (o, peor aún, durante toda su vida). Esta ordenación está regida bajo los intereses de la industrialización (Lefebvre, 1972: 100) y, por lo mismo, pueden ser analizadas desde la perspectiva de estructuras de clases. Vale decir, es posible que un análisis de clases permita identificar cuáles son las clases o grupos sociales que poseen esta cualidad de *fijación* al suelo geográfico y a las condiciones de vida que esta posición trae consigo.

Pero, a su vez, aquí podemos plantear una tesis complementaria. No sólo el poder G fija al suelo al nivel P, reduciendo el habitar a la construcción ordenada y planificada y fijamente sujeta a la tierra. Por el contrario, incluso la movilidad residencial puede convertirse en movilidad profesional si la planificación del nivel G así lo estima conveniente (ibíd.). Todo el espacio debe transformarse si así lo estima conveniente el nivel G y eso implica también el vaivén de movimientos de *fijación* y *dislocación* de los grupos humanos. Estos dos movimientos fundamentales de las estructuras de clases están ligados a la forma en que el sistema de la economía global capitalista dispone del (y es acosada por) el espacio.

Ello permite dar cuenta del proceso en el cual, en primer lugar, se configuran estructuras geográficamente situadas en una determinada escala geográfica, para

luego, en segundo lugar, mostrar al mismo tiempo un descentramiento geográfico de tales estructuras clasistas. Esto tiene su correlato en la forma en que Lefebvre define la segunda tendencia de la sociedad urbana (la primera es la ya señalada tendencia a la centralidad). Esta segunda propiedad es la tendencia a la *poli-centralidad*, vale decir, “a la omni-centralidad, a la ruptura del centro, a la *disgregación*, tendencia orientable, ya sea a la constitución de *diferentes centros* (aunque análogos, eventualmente complementarios), ya sea hacia la *dispersión* y la *segregación*” (ibíd.: 126: cursivas más O.B.).

Permítaseme señalar aquí que la delineación del sistema económico capitalista global bajo las narrativas del imperialismo, de la apropiación/usurpación de los recursos naturales o, inclusive, de la propia metáfora centro-periferia, no pueden entenderse estáticamente. Aquí hay a lo menos dos cuestiones: primero, que actualmente vivimos un proceso de reconfiguración de las relaciones entre los viejos centros y periferias, donde la recomposición de la economía capitalista incluye tanto al centro como a la periferia en su interdependencia (Lechuga, 2014: 9). Pero, a su vez, la condición de hegemonía-subordinación entre el centro y la periferia no puede entenderse simplemente como relación lineal, sino más bien de forma dinámica, donde el marco de dominación global opera como un telón de fondo donde también se despliegan condiciones económicas y sociopolíticas internas. El (re)establecimiento constante del sistema económico global no altera el hecho que sigan existiendo luchas de clases a nivel interno de cada país.

Volviendo a lo que estábamos señalando, el momento de la “fijación” remite al hecho de que las estructuras de clases están enmarcadas en el suelo territorial: orbitan en torno y dentro de una determinada escala geográfica de acuerdo a las lógicas económico-productivas locales o extranjeras que operan en dicho nivel local. Pero no sólo eso: también estas estructuras de clases fijan pautas de distribución y de acceso a bienes, servicios y activos sociales que aseguran cierto nivel de oportunidades para la reproducción de la vida propia de los miembros de determinada clase y la de los suyos. De esta manera, indican cuestiones relativas al nivel P: formas particulares de habitar determinadas por constricciones de clase y que dan cuenta de niveles de consumo, endeudamiento y otros aspectos ligados a la reproducción de la familia, la participación social, entre otros.

Por su parte, el momento de la *dislocación* implica que las estructuras de clases no sólo poseen una lógica de fijación que las erige firmemente sobre el suelo de determinada escala geográfica, sino que también se desarticulan en términos

geográficos ciertas partes de ellas. En términos prácticos, determinados grupos poseen la capacidad de no permanecer fijos dentro de cierto límite territorial, vale decir, de reestructurar sus movimientos hacia afuera de la órbita dada por los límites geográficos iniciales. Con ello, se generan procesos migratorios o bien de alcance y abarcamiento de escalas geográficas mayores, integrando a otras lógicas de distribución y acceso a bienes, servicios y activos sociales presentes en otras regiones, ya sea al interior de un mismo territorio nacional, así como en el extranjero.

Por tanto, el espacio es descentrado y orbitan en torno a él niveles y dimensiones, cada uno a sus propios ritmos, los cuales, a su vez, pueden estar conectados con elementos provenientes de otras órbitas. Es posible señalar una tesis derivada de estas ideas, a saber: *las "estructuras de clases" no sólo no son estáticas, sino que tampoco son únicas, pues no existe "la" estructura de clases homogéneamente distribuida por el tiempo y espacio.* Las estructuras urbanas de clases sociales existen *diferencialmente* en el espacio. De este modo, *lejos de hablar de rígidas estructuras de clases situadas en el suelo geográfico, postulamos aquí la existencia de movimientos de fijación y dislocación de las estructuras urbanas de clases geográficamente situadas.* De una rigurosa concepción estructuralista –caracterizada por la atemporalidad diacrónica y la indiferencia geográfica sincrónica– nos movemos hacia una visión de (des)acoplamiento geográfico de las clases sociales. La conformación del sistema de la economía mundial capitalista implica que una determinada estructura de clases geográficamente situada posee una capacidad de acoplamiento territorial, desmontándose en alguna de sus partes (clases). Dicho elemento posee la capacidad de movilidad geográfica y/o ensamblaje con una estructura de clases externa. Este desacoplamiento no es necesario reducirlo a prácticas migratorias o bien en términos de movilidad residencial (que son casos posibles de esta idea, pero no los únicos). Más bien, *la idea de fijación y dislocación de las estructuras de clases remite, simplemente, a la posibilidad de la participación de una misma clase o grupo social dentro de dos o más estructuras de clases geográficamente situadas, con las dinámicas que ello trae consigo.* Esto hace que las estructuras de clases se acoplen y desacoplen hacia el interior y exterior de un determinado territorio o escala geográfica, conformando alineaciones de poder, regulación y distribución que a la vez tienden a tanto a la territorialidad como a la desterritorialización.

Esta hipótesis es ya en sí misma una forma diferente de plantear el estudio de las estructuras de clases y la desigualdad social. Si se revisa la significativa producción bibliográfica en Chile y América Latina se observa que, más allá de los conocimientos y

avances alcanzados, en la mayor parte de las investigaciones existe el supuesto (invisible) de que estos procesos se dan de forma homogénea al interior de un mismo país, cayendo continuamente en análisis a niveles de “promedio nacional” bajo el supuesto de la homogeneidad geográfica interna (Méndez & Bilbao, 2007). Diversos estudios realizados se desenvuelven entre metáforas tales como la “estructura de clases en Chile”, la “estratificación social en América Latina”, o bien se concentran en la aplicación de modelos de medición clasista provenientes de otras realidades geográfica e históricamente emplazadas (por ejemplo, los esquemas de Goldthorpe han sido muy aplicados en Chile por diferentes investigaciones). Pese a los significativos avances alcanzados hasta ahora, no existen investigaciones que den cuenta de la distribución geográfica de las estructuras clasistas al interior de un país o región. Tampoco sabemos si la posible variabilidad geográfica de las estructuras de clases afecta de la misma forma a hombres, mujeres y etnias en cuanto a la distribución y acceso a bienes, servicios y oportunidades de vida. Es decir, no sabemos si hombres, mujeres y personas pertenecientes a etnias y/o razas se insertan de igual forma en las estructuras de clases geográficamente distribuidas (y sus consiguientes accesos a oportunidades). Se abre aquí una serie de interrogantes: por ejemplo, cuando se habla de estructura de clases o la estratificación social de un país determinado, ¿se está infiriendo que la totalidad de zonas geográficas que lo componen está atravesada por una misma y “universal” estructura de clases o sistema de estratificación social? Si ello es así, ¿esto implica iguales procesos distributivos entre las clases y grupos a lo largo de todo el territorio nacional? ¿Acaso no hay una desigualdad geográfica entre centros con sus particulares dinámicas productivas dentro de un mismo país y, por ende, una desigualdad geográfica en la estructura social misma y en las oportunidades de acceso a bienes y servicios? Estas preguntas simplemente no aparecen en la agenda investigativa si no se problematiza la relación entre el factor territorial y las estructuras de clases. Es más, se puede agregar a ello el hecho que la dinámica de fijación/dislocación permite estudiar las formas en que un determinado grupo o clase social entra en relación con otras clases que conforman su estructura, pero también puede mantener relación con las oportunidades de vida características de otras estructuras situadas en coordenadas geográficas lejanas. Esta dimensión espacial implica que las estructuras de clases sociales son desmontables geográficamente, lo cual permite estudiar diferentes patrones de desigualdad social, donde unos grupos poseen características propiamente locales, mientras que otros grupos características más nacionales (o, inclusive, globales). Fundamentalmente, esto

involucra –tal y como recién fue señalado– no sólo fenómenos de movilidad residencial o migratoria, sino también que determinadas clases sociales que muestran un patrón de acceso a bienes, servicios y/u oportunidades geográficamente dinámico. Vale decir, se trata de pensar tanto a nivel de las características estructurales de clases y oportunidades de vida como de dislocación territorial física (residencial, migracional, etc.).

D. LA REGIONALIDAD Y LA VISIBILIZACIÓN CLASISTA DE LA BUROCRACIA

De lo dicho anteriormente respecto de la realidad urbana como aquello que apunta, al mismo tiempo, a la centralidad y a la policentralidad, es posible obtener algunas consecuencias significativas. Señalé recién lo problemático que es pensar la existencia de algo así como “una” estructura de clases en Chile o “un” sistema de estratificación social para América Latina, etc. Más bien, lo que hay es *una red de estructuras de clases, con sus propios centros, pero que muestran también poli-centralidad geográfica en sus lógicas y órbitas de acumulación, regulación y distribución.*

También señalé que una manera de concebir una estructura de clases urbana tiene que ver con identificar los niveles sociales involucrados, lo que atraviesa tanto el ámbito productivo como el reproductivo. Todo ello en concordancia con la interpenetración entre los niveles G–M–P de Lefebvre. He señalado también que las estructuras de clases se encuentran geográficamente fijas y dislocadas, cuestión deducida de las cualidades diferenciales del espacio urbano lefebvriano (centralidad y poli-centralidad). Avancemos ahora un paso más para explicar cuáles son los agentes que determinan este doble movimiento de la fijación y dislocación de las estructuras de clases sociales.

Para ello, comenzaré explicando el importante concepto de “*regionalidad*” de David Harvey. Este concepto remite al proceso en el cual se configuran de forma relativamente estable unas redes de intercambios geográficamente situadas durante un determinado período de tiempo (Harvey, 2006; 2007a). Dentro de un determinado territorio, entran en juego dinámicas de acumulación y regulación, vale decir, de poder económico y poder político. Harvey define por regionalidad a “las inversiones en el ambiente construido [que] efectivamente definen espacios regionales para la circulación del capital. Dentro de esos espacios, la producción, la distribución, el intercambio, el consumo, el abastecimiento, la demanda (particularmente para la fuerza de trabajo), la lucha de clases, la cultura y los estilos de vida están juntos dentro

de un sistema abierto que, sin embargo, exhibe algún tipo de “coherencia estructurada” ” (Harvey, 2006: 42). Vale decir, la regionalidad es el proceso molecular de reterritorialización caracterizado por “economías regionales que consiguen durante un tiempo cierto grado de coherencia estructural en la producción, distribución, intercambio y consumo” (ibíd.: 88).

Se trata entonces de aquello que Lefebvre llama la tendencia a la *centralidad* de las sociedades urbanas. La regionalidad es una forma de centralidad espacial y de organización molecular de procesos de tipo económico, político y social. La lógica capitalista y las dinámicas sociopolíticas apuntan –algunas veces de forma clara y evidente, mientras que otras de manera confusa y hasta contradictoria– hacia la fijación y canalización del desorden dentro de la organización institucional de determinados límites político-administrativos. Ello no se puede reducir a límites físicos muy cerrados: esta coherencia regional se da en el seno de la economía global y las dinámicas de centros y periferias (por tanto, poli-céntrica), lo que implica un enfoque relacional entre lo local y la economía mundial, donde la ciudad o región es el resultado de las conexiones y vinculaciones entre agentes situados en diferentes geografías (Jacobs, 1986). Sin embargo, pese a este dinamismo de entrada y salida, estas dinámicas logran establecerse como geográficamente situadas, es decir, logran conformar una red de órbitas territorialmente delimitadas que contienen elementos provenientes de una diversidad de dinámicas, formando una cierta coherencia organizada. Esta órbita de elementos materiales y simbólicos, productivos y reproductivos, delimita límites espacio/territoriales, aunque cada uno de estos diferentes elementos no orbitan de la misma forma y a la misma intensidad.

Pero el concepto de regionalidad permite hacer otra observación. Así como Lefebvre le asigna al nivel G un papel central en la tendencia urbana a la centralidad y a la lógica de colonización de los niveles M y P, David Harvey sostendrá también la importancia de la burocracia estatal en el proceso de la regionalidad. Es decir, en ambos autores la burocracia estatal es la clase manipuladora por excelencia: busca incesantemente producir y disciplinar a la ciudad, al mercado y al habitar. En el caso de la regionalidad de Harvey, mientras la lógica de la burguesía tiende hacia la expansión (desterritorialización), la lógica de la burocracia estatal es la que busca establecerse en el territorio mismo.

Como puede observarse, la dinámica de los procesos geográficos de la acumulación capitalista necesita de la distinción entre las lógicas “territorial” (política) y “capitalista” (económica), entendiendo cómo ambas se combinan de forma

compleja y a veces hasta contradictoriamente. Según Harvey, se puede observar la lógica capitalista desterritorializada, la cual “opera en un continuo espacio-temporal sin límites”, así como también es posible distinguir la lógica territorial o propiamente política, la cual desarrolla su accionar “en un espacio segmentado territorialmente”, donde los actores políticos –al menos en las democracias– desarrollan su acción “en un lapso temporal dictado por determinados ciclos electorales” (Harvey, 2007a: 40). Se trata entonces de dos lógicas “ideales” de persecución de fines y de uso del tiempo y del espacio que se complementan y entrelazan contradictoriamente, sin llegar a reducir la explicación sólo a una de ellas. Es decir, el desarrollo del sistema capitalista se conjuga con una perspectiva institucionalista que lo aterriza de forma más menos firme al suelo. La acumulación de capital mediante las operaciones de mercado de bienes y de trabajo, así como los mecanismos que fijan los precios de las mercancías, sólo se pueden desarrollar en el marco de ciertas estructuras institucionales, tales como leyes, propiedad privada, contratos y seguridad monetaria (ibíd.: 81-83). Esta tesis está emparentada con el desarrollo de la teoría weberiana que ve a la ciudad como el elemento clave para la conjugación de las actividades económicas y las operaciones políticas y de conservación pacífica de la convivencia social (Weber, 2008). De esta manera, el mercado no es una abstracción controlada por procesos metafísicos tales como la “mano invisible”. Por el contrario, el mercado se encuentra geográficamente instituido como consecuencia de unas relaciones sociales producidas por fuerzas y luchas entre grupos y clases sociales que conviven en el interior de un determinado territorio.

Se puede decir que el nivel M de Lefebvre es el mercado en tanto espacio producido y disciplinado por la burocracia residente en el nivel G. El capitalismo no es sólo el orden social de la burguesía capitalista, sino también de la burocracia política pues ambos producen y disciplinan el espacio mismo. Con ello, se reproducen formas de acumulación progresivas y coherentes, aunque de manera geográficamente desigual. Esto trae como conclusión obvia el que *en una estructura de clases no sólo encontremos grupos tales como la burguesía y el proletariado, sino también a la burocracia*. De este modo, una estructura de clases no es una mera clasificación de ocupaciones o división social del trabajo, sino una red de *acumulación, regulación y distribución* del poder que estructura una determinada sociedad³⁴. Como señala

³⁴ Si se analizan los *esquemas de clases* de Erik O. Wright y John Goldthorpe, curiosamente no se observan lugares que discriminen y aíslen a las clases burocráticas ligadas al Estado. La clasificación marxista de Wright y la neoweberiana de Goldthorpe se remiten a clasificaciones relacionadas al ámbito productivo de las explotaciones múltiples y las posiciones contradictorias (Wright, 1994), así

Lefebvre, la burocracia entra en la lucha por la (re)producción del espacio, lo que es igual a decir que es protagonista en el proceso de sostenimiento espacio-temporal del sistema capitalista. Las estructuras de clases y los mecanismos de reproducción del poder social (y, por tanto, del espacio mismo) están lejos de ser una posición por fuera o en un lugar separado del sistema. Es decir, la burocracia toma parte activa del proceso social al gestionar los mecanismos de regulación de la acumulación y distribución de la riqueza “en” y “por” el espacio que ella controla. De esta manera, la regulación técnico-política de los procesos económicos y sociales lleva consigo una institucionalización y acomodamiento del aparato del Estado a dinámicas económicas y sociales desarrolladas en tales escalas geográficas político-administrativas³⁵. De esta manera, el concepto de regionalidad implica que la importancia clasista de la burocracia de Estado está asignada a partir de que su interés se encuentra en el freno y regulación al flujo expansionista de la burguesía y del capital (Harvey, 2007a; 2007b; 2010).

Ahora bien, una regionalidad comprende una estructura de clases geográficamente situada que orbita dentro de sus límites, sin perjuicio de que algunos sectores o grupos de estas estructuras clasistas desarrollen dinámicas de acumulación, regulación o distribución propias de otras zonas geográficas (lo que hemos denominado como el fenómeno de la dislocación). En una regionalidad determinada, lo que ocurre “en cuanto a la dinámica *interna* y a las relaciones *externas* [de esta coherencia regional] *depende de la estructura de clase que se establece y de las alianzas de clase en torno a las cuestiones de gobierno*” (Harvey, op.cit: 89; cursivas mías O.B.). De esta manera, los procesos moleculares de acumulación, regulación y distribución siempre poseen una lógica de poder regional (es decir, de regionalidad) que es siempre informal y porosa, aunque siempre posible de identificar. Toda regionalidad tiene como un factor fundamental a las estructuras de clases sociales, con su juego dinámico de naturaleza económica, política y social. Las estructuras de clases, en tanto mecanismos con dinámicas de fijación y dislocación, implican ellas mismas

como al mercado del trabajo reestructurado por la vía de los tipos de contrato y remuneraciones (Goldthorpe, 2010). No hay un tratamiento específico de clase para este grupo, aunque en uno de sus primeros textos más conocidos Wright desarrolló profundamente el problema de la burocracia, el poder político y las luchas de clases (Wright, 1983). Como fuese, ninguna de estas dos perspectivas busca explicar la forma en que un territorio se estructura una división social del trabajo con unos mecanismos jurídico-burocráticos de poder que regulen la acumulación y distribución de la riqueza.

³⁵ Se podría pensar en la *escuela francesa de la regulación*, para quienes el régimen de acumulación y distribución de la riqueza, así como de explotación sobre la fuerza de trabajo, se encuentran regulados por arreglos institucionales (Boyer, 2007). Sin embargo, la principal crítica que se le ha realizado a este enfoque es que sigue dejando en una posición subordinada al espacio, visto principalmente como efecto de los procesos económicos y socio-políticos (Rosales, op.cit: 136).

una red de intereses y necesidades que definen la dinámica interna de una determinada regionalidad, así como las relaciones entre ésta y el exterior.

E. RETERRITORIALIZACIÓN Y DESTERRITORIALIZACIÓN CAPITALISTA

Llamaremos *reterritorialización/desterritorialización* a los dos movimientos que caracterizan el constante proceso de producción del espacio dentro del modo de producción capitalista (Soja, 2008). El movimiento de la producción del espacio no es nunca unilineal: desde el centro hacia la periferia o desde un punto inicial a otro final. Más bien, lo que hay son procesos de *implosión* y *explosión* en la escala de las ciudades, dando cuenta de la transformación del espacio urbano tanto desde afuera hacia adentro, como desde adentro hacia afuera. La forma en que Lefebvre trabaja esta idea en ciertos pasajes de su obra nos indica que es posible articularlas con los procesos de conformación del mercado global y la división centro-periferia donde, por una parte, existe una división funcional de la producción, pero en un marcado proceso de problematización de la especialización de lo local. Para Lefebvre, la industria capitalista “se ha revelado, efectivamente, como siendo la “no ciudad” y la “anticiudad”. Se ha ido implantando ahí donde encontraba los recursos que requería, a saber, las fuentes de energía, de materias primas, de mano de obra, pero ha perjudicado las ciudades en el sentido más estricto y fuerte del término, destruyéndolas y disolviéndolas” (Lefebvre, 1976: 67).

La *desterritorialización* hace referencia a la creciente debilidad que caracteriza a los vínculos con el lugar, es decir, con las comunidades y culturas definidas territorialmente que abarcan desde los lugares hogares, los barrios, el pueblo y la ciudad (Soja, op.cit: 223). Ello alcanza hasta las metrópolis, las regiones y las comunidades contemporáneas basadas en las identidades nacionales dadas por la pertenencia al Estado Nación. Al mismo tiempo, también se ha desarrollado un proceso de *reterritorialización* que ha creado nuevas formas y combinaciones de identidad territorial y espacialidad social que, si bien no reemplazan a las anteriores, están produciendo geografías humanas que son diferentes y más complejas que aquellas que conocimos en el pasado (ibíd.: 224).

La *desterritorialización*, sin ser un fenómeno reducible a aspectos económicos, también muestra su faceta en este nivel. En efecto, la expansión geográfica capitalista permitiría el despliegue de estrategias de acumulación relacionadas con desarrollos geográficos desiguales en constante reordenamiento y reestructuración (Harvey,

2007a; 2007b; 2010). Junto con la producción de regionalidad reterritorializante y con sus dinámicas moleculares, el capitalismo es capaz también de abrirse y desterritorializarse. Sin embargo, esta desterritorialización no es una fuerza expansionista uniforme: lejos de un territorio homogéneamente estratificado, el capitalismo tiende a producir la desigualdad geográfica, explotando y acrecentando las asimetrías surgidas por las relaciones espaciales de intercambio (Harvey, 2006; 2007a; 2007b; 2010). La riqueza de ciertos territorios aumenta a expensas de la situación de otros y ello se debe a la distribución desigual de recursos naturales, así como a la elevación de la concentración de riqueza y poder de determinados lugares generada por las relaciones asimétricas de intercambio.

Harvey denomina como “solución espacio-temporal” a la dinámica del sistema capitalista que contempla tanto una pausa temporal (de ralentización de la dinámica de acumulación) como la expansión geográfica que busca agilizar el dinamismo de capital ocioso. Un concepto clave es el de la “sobreacumulación”, que en la economía política marxista ha sido identificado como el fenómeno principal de las actuales crisis del sistema capitalista que se han venido desarrollando desde el 2008 hasta hoy³⁶. Harvey define al concepto de la sobreacumulación como un fenómeno inherente a la dinámica del capitalismo: indica el detenimiento del flujo y, por tanto, la crisis de acumulación misma (Harvey, 2010). Es decir, la sobreacumulación que se da en una determinada “regionalidad” implica la existencia de un exceso de fuerza de trabajo (desempleo creciente) y de excedentes de capital, esto es, un exceso de mercancías en el mercado de las que es imposible deshacerse sin pérdidas, volviéndose capacidad productiva ociosa y/o excedentes de capital monetario sin salida en inversiones productivas y rentables (Harvey, 2007a: 79-110; 2010). Lo importante es que para saltar el obstáculo de la sobreacumulación, el sistema capitalista realiza operaciones expansivas de territorio, transformando las relaciones sociales y de poder, así como también desarrollando mercados cada vez más artificiales tanto en los ámbitos de los bienes materiales, los afectos humanos y los instrumentos financieros de los mercados de capitales. En los términos de Lefebvre, la sobreacumulación es una política del espacio que apunta a la creación de mercados en el nivel M a partir de que en el nivel G se explotan (e inventan) necesidades reproductivas a nivel P. En nuestros términos, la sobreacumulación es el punto muerto de la fijación, el cual dará un salto dialéctico a la

³⁶ Cuando señalamos la tendencia desterritorializante de la burguesía no sólo a la facción industrial, sino que también debe incluirse al sector comercial y financiero.

dislocación y desmembramiento mismo de la estructura de clases geográficamente situada.

La solución expansiva le permite al sistema superar las contradicciones internas propias de la regionalidad de la acumulación de capital y la crisis que éstas generan. Dicho proceso de expansión y reorganización geográfica permite al sistema encontrar lugares donde hacer inversiones en infraestructuras materiales y sociales de mediana y larga duración: transportes y comunicaciones, enseñanza e investigación, creación de nuevos mercados con nuevas capacidades de consumo y de producción, entre las principales. De este modo, todo intercambio de bienes y servicios –incluido el intercambio de fuerza de trabajo– supone cambios permanentes de ubicación. Vale decir, la red de movimientos espaciales que generan una geografía particular caracterizada por divisiones territoriales y espaciales del trabajo (por ejemplo, la especialización y los recursos naturales), siempre necesitan, en un momento dado de la acumulación, salir a buscar territorios para asegurar excedentes de capital y de fuerza de trabajo. Lo importante entonces es que, tarde o temprano, encerrados en las geografías particulares de las regionalidades estos excedentes de capital y de fuerza de trabajo no podrán ser reabsorbidos productivamente, necesitando emigrar para continuar la lógica del flujo.

F. CONCLUSIONES: SOBRE LAS ESTRUCTURAS URBANAS DE CLASES SOCIALES

El presente artículo ha sido un intento por esbozar un marco teórico, utilizando algunos aportes de Lefebvre, Harvey y otros, para el estudio de las estructuras de clases sociales en el seno de la división geográfica de la economía global-local. La división espacial centro-periferia no puede ser vista estáticamente, sino más bien como una dinámica de redefinición de lugares, funciones y jerarquías en una trama de interdependencia, para lo cual donde debemos realizar un esfuerzo para delinear las lógicas espaciales de las estructuras de clases.

Es posible señalar algunas conclusiones sobre el concepto de estructura urbana de clases sociales, sin pretender en lo absoluto dar por cerrado el debate. Lo primero a decir es que una estructura de clase implica una división en grupos de la población de una región geográfica determinada según las recompensas materiales percibidas (oportunidades), las cuales responden a relaciones de poder económico y político en el seno de las dinámicas de producción, acumulación, regulación y distribución de la riqueza. Una estructura de clases es una expresión de las fuerzas sociales geográfica e

históricamente situadas, siendo un elemento que orbita conjuntamente (pero no a los mismos ritmos e intensidades) con elementos heterogéneos de tipo económico, político y social. La distribución desigual de estos elementos entre sí y entre las clases mismas, dibujan los límites espacio/territoriales que dan forma a una determinada regionalidad.

Por otra parte, *una estructura urbana de clases remite a criterios ligados a los factores de la propiedad de medios de producción, los grados de calificación de la fuerza de trabajo, la organización (gestión) de la producción y el poder burocrático estatal.* Toda estructura clasista está objetivamente determinada por la posición ocupada en un espacio dado por las relaciones de poder, de producción y de intercambio de bienes y servicios, denotando grupos y las relaciones entre éstos dadas en torno a recursos materiales y simbólicos. Estas posiciones y relaciones son ocupadas y reproducidas por los individuos y sus familias.

De acuerdo con lo anterior, las estructuras de clases remiten a aspectos topológicos y relacionales. La posición ocupada dentro de la estructura de clases está dada por el tipo de trabajo desempeñado. No obstante, siendo el trabajo la categoría central y más clásica del enfoque de clases sociales, es fundamental que todo investigador se prevenga de reducir la estructura de clases a una simple clasificación del mercado laboral. En los términos de los niveles G-M-P, se trata de ver a las estructuras urbanas de clases sociales como una red dispuesta en el nivel M, pero con efectos y mutuas determinaciones tanto con el nivel G como con el nivel P. Por ello, un análisis de las estructuras de clases en las sociedades urbanas, siendo una clasificación, va más allá de eso: se trata de una visión de la sociedad desde el punto de vista de la red de grupos que, al relacionarse entre sí desde sus distintas posiciones y lugares, desempeñan la producción y reproducción material y simbólica de la sociedad misma. Las clases sociales indican posiciones dentro del mercado y las relaciones de producción que permiten a los individuos obtener recursos, bienes y/o servicios, por tanto, representan formas desigualmente distribuidas para el acceso a oportunidades. Esto significa el mantenimiento de sí mismo y de los suyos, por lo tanto, el aspecto económico-productivo es innegable, pero también el reproductivo de la propia especie. En los términos de Lefebvre, las estructuras de clases tienen consecuencias que van más allá de los límites del mercado laboral (nivel M) y de las relaciones económicas y políticas (G), alcanzando el plano de las acciones ligadas al nivel del habitar (P), tales como la subsistencia, el cuidado familiar, el consumo, endeudamiento y otras. Esto último implica diferentes formas de integración en las

estructuras de clases por parte de hombres, mujeres y personas pertenecientes a etnias, etc.

Por último, en cuanto al hecho de que ciertos grupos o clases sociales despliegan dinámicas de acumulación, regulación o distribución en más de una regionalidad, toda estructura de clases se encuentra, al mismo tiempo, geográficamente situada y dislocada (fijación y dislocación de las estructuras de clases sociales). La cualidad de la dislocación de ciertos grupos pertenecientes a una determinada estructura de clases tiene relación con la propia lógica expansiva capitalista. En efecto, el sistema capitalista es también intrínsecamente expansionista, tanto en sus vertientes productivas, mercantiles y financieras. Las crisis en una región determinada se superan saliendo a otro territorio para integrarlo al sistema, cambiando de paso la morfología geográfica del conjunto. En este juego de fijación y dislocación geográfica, las estructuras de clases dejan de ser pensadas como emplazadas únicamente en límites territorialmente definidos, para acoplar parte de ellas –es decir, para que ciertos grupos o clases se acoplen– en órbitas de acumulación, regulación y distribución de capital, mercancías y personas, formando fenómenos de articulación y desarticulación de estructuras clasistas en distintos niveles geográficos.

Por último, a la lógica desterritorializante propia de las dinámicas del capital productivo, mercantil y financiero, se suma la importancia de darle una condición de clase a la burocracia estatal, entendida como el agente encargado de la territorialización del capital. Esto último, es un elemento no detectado por los teóricos más importantes de los enfoques de clases sociales, siendo uno de los aportes que proporciona la mirada de las estructuras de clases desde una lógica espacial, tal y como se intentó desarrollar en el presente texto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOYER, R. (2007) *Crisis y regímenes de crecimiento. Una introducción a la teoría de la regulación*, Miño y Dávila, Buenos Aires.

FILGUEIRA, C. (2001) *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*, CEPAL, Santiago de Chile.

GOLDTHORPE, J. (2010) *De la Sociología: números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*, CIS, Madrid.

HARVEY, D. (2006) "Los espacios del capitalismo global", Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

_____ (2007a) *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid.

_____ (2007b) *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Akal, Madrid.

_____ (2010) *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Akal, Madrid.

JACOBS, J. (1986) *Las ciudades y la riqueza de las naciones: principios de la vida económica*, Ariel, Madrid.

LECHUGA, J. (2014) "Apuntes para una teoría de la acumulación", *Trayectorias*, Año 16, No. 38, Enero-Junio, UANL-México, pp. 3-20.

LEFEBVRE, H. (1972) *La revolución urbana*, Alianza, Madrid.

_____ (1976) *Espacio y política. El derecho a la ciudad II*, Península, Barcelona.

_____ (2013) *La producción del espacio*, Capitán Swing, Madrid.

MARX, K. (2001): *El Capital*, Tomo I, FCE, México.

_____ (2010) *El Capital*, Tomo II, FCE, México.

MÉNDEZ, Ma. L. & A. Bilbao (2007) "La variable regional/territorial en los estudios de estratificación social", Documento de trabajo, Proyecto Fondecyt 1060225.

ROSALES, R. (2006) "Geografía económica", en *Tratado de Geografía Humana*, D. Hiernaux & A. Lindón (comp.), Anthropos-UAM, México, pp. 129-146.

SÁNCHEZ, J. (1991) *Economía, espacio y sociedad*, Siglo XXI, Barcelona.

SOJA, E. (2008) *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Traficante de sueños, Madrid.

WALLERSTEIN, I. (2012) *El capitalismo histórico*, siglo XXI, Madrid.

WEBER, M. (2008) *Economía y Sociedad*, FCE, México.

WRIGHT, E. O. (1983) *Clase, crisis y Estado*, Siglo XXI, Madrid.

_____ (1994): *Clases*, Siglo XXI, Madrid.